

nios; y concebimos absurdo que haya historiadores que critiquen a los pintores diciendo que los cuadros de ellos representan vírgenes que en realidad son sus amantes. ¿Podían acaso esos artistas separarse de la realidad?

El individualismo llegó a ser muy apreciado en el Renacimiento y especialmente el individuo culto. Los reyes se inclinaban ante las superioridades artísticas. Francisco I decía a Cellini: «No sé quién puede tener mayor satisfacción, si un príncipe que ha encontrado un hombre según su corazón o un artista que encuentra un príncipe del cual puede esperar la fácil realización de sus grandes y bellos pensamientos.»

Los artistas buscaban la protección de los príncipes y el mecenas los acogía y, naturalmente, el artista alababa desmedidamente a su protector; no se les puede sin embargo reprochar del uso de demasiada adulación, pues era el único medio con que contaban para poder dar libre curso a sus actividades. Llegaban sin embargo a extremos exagerados, a tal punto, que el príncipe no pudiese tomar en serio ciertas alabanzas que le prodigaban. Cuando Lucrecia Borgia se casó con el archiduque de Ferrara, hubo artistas célebres que proclamaron, no solamente la belleza de la novia, sino también su virtud (!).

II

FORMAS SOCIALES

Desde tiempos antiguos, venían notándose en Italia diferencias morales entre ciudad y ciudad y entre país y país. El patriotismo local hacía que cada ciudad tuviera formas propias. Pero no debemos creer que la consecuencia de estas diferencias fuese un sentimiento de completa

independencia, alejamiento y repulsión entre las distintas ciudades italianas, no; muy al contrario, había un sentimiento general que flotaba en el ambiente general de la península, y ese sentimiento era el de la italianidad, según dice Tocqueville.

Este sentimiento de italianidad, no sólo lo encontramos en el mismo pueblo o en un sentido geográfico; los italianos no podían dejar de tener presente la grandeza del Imperio Romano y su unidad de entonces, de tal suerte que ellos forzosamente se consideraban como raza independiente. Y esto no lo podemos circunscribir únicamente a cuestiones políticas, sino que, intelectualmente, la lengua italiana también los unía a todos los habitantes de la península, y sus más famosos poetas y artistas no tuvieron rivales comparables en los otros países. ¿Dónde había en otro país un hombre de la talla de Dante? ¿Dónde un Petrarca? Esta manifestación de unidad la vemos claramente cuando el valenciano Calixto III fué elegido Papa, por toda Italia se oyó este grito de indignación: « Un papa bárbaro y catalán. Advertid a qué grado de abyección hemos llegado los italianos. Por todas partes dominan los catalanes, y Dios sabe hasta qué punto están insoportables en su dominio », dice una carta dirigida desde Roma a Pier di Cossimo dei Médici (1455), que transcribe Pastor en su *Histoire des Papes*.

¿No son también manifestación de este nacionalismo la expulsión de los españoles a la muerte de Calixto, de Roma, y los proyectos de liberar de los extranjeros a Italia, de Julio II?

Concluamos entonces, que a pesar de las diferencias que podamos notar de ciudad a ciudad, de región a región, de pueblo a pueblo, el sentimiento de italianidad no había desaparecido.

Todo fenómeno de cultura intelectual forzosamente in-

fluye no sólo en las artes, en las letras y en las ciencias, sino que sus consecuencias se vuelcan también en el ambiente general de la sociedad y por lo tanto trae en ellas exaltaciones y manifestaciones dignas de ser estudiadas por la gran transformación

El Renacimiento nos trae aparejado una igualación relativa en las clases sociales. No existieron ya las grandes diferencias de casta que existían en la Edad media, y llega hasta confundirse la aristocracia con la burguesía.

No se tuvo ya en cuenta en la vida social la distinción de castas; la gentilidad de sangre no tiene valor ya, sino la que tiene valor es la de la riqueza, acompañada de la educación del individuo, instrucción, perfeccionamiento corporal, y esto concuerda con lo que hemos dicho sobre el perfeccionamiento de la individualidad. Esta igualación de los individuos no fué solamente política y social, sino también intelectual. En la Edad media occidental, tratándose de ciencias y preparación teórica, hubo una diferencia neta entre los clérigos, expertos en la escritura y en el latín, y la masa inculta de los legos; entre uno y otro grupo había sólo una pequeña parte de sabiduría profana compuesta por los cultivadores de la jurisprudencia. Pertenecían a la clase de los incultos, según el criterio de la época, no solamente los emperadores y reyes, sino también la mayor parte de los poetas de esa época caballeresca; pocos de ellos, aun sabiendo leer y escribir, sabían conversar sobre materias teológicas y jurídicas que constituían la esencia del contenido cultural de la época medieval. Donde primero se termina con esa división bilateral es en Italia, donde se forma una clase de gente culta, culta en el sentido del humanismo, compuesta de eclesiásticos y seculares de todas las condiciones sociales.

En el resto de Europa se mantiene sin embargo esta di-

ferencia entre la nobleza y el estado llano; pero a pesar de esto puede notarse una cierta tendencia a la fusión de las clases. Contribuyeron a esta igualación de clases sociales y fusión, las circunstancias de que los señores feudales no vivían alejados y reclusos en sus castillos, sino que vivieron en las grandes ciudades mezclados con el pueblo.

Del punto de vista teórico, la repudiación de la nobleza la encontramos en el mismo Renacimiento que retrotraía su observación a la antigüedad. En Aristóteles el fundamento de la nobleza está en los méritos personales, acompañados de un gran patrimonio. En el siglo xv éste era un principio universalmente aceptado. El Poggio, en su diálogo *Della nobiltà*, está completamente de acuerdo con sus interlocutores — Niccolò Niccolì y Lorenzo de Médicis — al decir que no hay otra nobleza que la que se funda en el mérito personal. Hemos visto que Aristóteles en su *Política*, fundaba la nobleza en el mérito y su riqueza heredada, pero Niccolò Niccolì corrige esta definición, diciendo que no exprime una persuasión propia sino una opinión de su tiempo; Niccolì encuentra que la voz latina *nobilis* se funda en la « nobleza de las acciones ». Después de este razonamiento, el autor da una especie de resumen de las condiciones de hecho en que se encontraba la nobleza en las distintas regiones de Italia. En Nápoles la nobleza era orgullosa y holgazana, no se ocupaba de la administración ni del comercio, que consideraba ignominioso; permanece recluida en sus palacios. La aristocracia romana desprecia el comercio, pero por lo menos administra sus bienes y, además, el que administra y atiende la economía rural es considerado como honorable y se le facilita el acceso a la nobleza. La nobleza era honorífica aunque rústica. En la Lombardía los nobles viven de las rentas de sus posesiones heredadas y una holganza elegante sirve para ser noble.

En Venecia y en Génova todos sin distinción se consagran al comercio; los nobles y los que no lo son son comerciantes y navegantes, y no se admiten las diferencias que provengan del nacimiento sino las diferencias de la fortuna. En Florencia una parte de la aristocracia vieja no titubeó en hacerse comerciante, y una pequeña parte, orgullosa de su propio título, permanece holgazana. Como vemos, en todas las repúblicas italianas la nobleza ha decaído y lo que tiene valor es el dinero y las dotes personales, con excepción de Nápoles, que por su orgulloso aislamiento y por la vanidad de su aristocracia, quedó completamente excluida del gran movimiento intelectual y moral del Renacimiento.

Una manía especial de distinción puso en ridículo a los florentinos al establecer la moda de la caballería. Escribe Franco Sachetti a fines del siglo XIV que en Florencia se veía armar caballeros a los mecánicos, albañiles, cardadores, etc. Esta moda llegó a extenderse a Milán, donde Bernabé Visconti llegó a nombrar caballero al vencedor de una riña de bebedores. Más tarde Poggio critica esos caballeros que no tienen ni caballo ni saben montar y se verían en gran apuro si tuviesen que manejar un arma, y que cuando uno de ellos salía a hacer pompa montado a caballo y llevando banderas por la ciudad, se encontraba en una situación muy difícil, tanto frente al gobierno como de sus numerosos burladores.

Pero por grande que fuese la vanidad de los nobles y de los caballeros, se ve que la nobleza italiana se mezcló siempre en la vida común; la vemos tratar constantemente a las otras clases bajo un pie de perfecta igualdad y el ingenio y la cultura son siempre sus naturales aliados. Ciertamente que en un cortesano propiamente dicho se exige cierto grado de nobleza, pero esta exigencia no es sino un prejuicio del público y no se admite que un individuo que

tenga un mérito intrínseco equivalente no pueda formar parte de la nobleza. No solamente era necesario para ser noble tener fortuna sino que era necesario una perfección y un refinamiento general en las personas, como lo veremos más adelante.

Este refinamiento de las personas; refinamiento físico del individuo que tanto preocupó a los hombres y mujeres de Italia en la época del Renacimiento, debe llevarnos forzosamente a la concepción de un tipo ideal de belleza. Así como el concepto de la belleza, concepto tan variable en todas las épocas y lugares, tuvo su tipo ideal en Grecia y en Roma; este tipo ideal también lo encontramos en el Renacimiento y especialmente en Italia.

Debemos basarnos para conseguir este concepto en lo que escriben los autores de la época, los cuales por razones amorosas o por admiración a la contemplación del bello sexo, se dedicaron especialmente a describir a la mujer, y es por eso que podremos formarnos un concepto más complejo del tipo de mujer del Renacimiento, que del tipo de hombre de la misma época, tipo de hombre que únicamente conseguiremos presentar estudiándolo a través de su carácter y de sus acciones. A pesar de que autores modernos de fama como Schopenhauer digan que la base del amor es siempre la misma, la atracción de los seres mejor formados que permite conservar el vigor de la raza; hay que tener en cuenta que los escritores del Renacimiento, a que nos referimos — con excepción de Dante que profesaba por su Beatriz un amor casto y elevado — Boccaccio y Petrarca eran completamente realistas en sus amores, de allí se explica que la descripción que hagan de la mujer, sea esencialmente bajo el punto de vista físico.

Boccaccio es maestro en estas descripciones; no tanto en

el *Decamerone* sino en el *Ameto*, en que hace el retrato de una rubia y de una morocha. En esta última, describe una espaciosa cabeza despejada, cejas que no forman ya un arco perfecto de los bizantinos sino una sola línea ondulante, el pecho amplio, los brazos de largo moderado, la mano bella y blanca aunque grande; nos dan la impresión del sentimiento de formas grandiosas para que exista la gracia y la belleza.

Si queremos tener una imagen completa de la belleza del Renacimiento consultemos a Firenzuola, en su notable escrito *Della bellezza delle donne*, y no a Brantôme, que posterior al primero no ofrece datos fidedignos debido a que escribe embargado por la sensualidad. Firenzuola describe a la mujer conforme al ejemplo de las de Prato. Dice que el color del cabello más usado y a que se daba preferencia era el rubio (*biondo*), largos, espesos y crespos; la frente debe ser serena y alta la mitad de su ancho, con una blancura reluciente y no mate; las cejas espesas, oscuras, y suaves como la seda; debían ser más espesas en el medio y disminuir lentamente hacia las orejas; el blanco de los ojos con un tinte azulado — de allí se explica que los ojos de las vírgenes que pintan los artistas de esa época sean de ese color —, el iris no debía ser completamente negro; los ojos debían ser grandes y algo salientes; los párpados blancos, brillosos y las pestañas ni muy negras, ni muy largas ni muy cortas. La oreja de tamaño mediano. La nariz que determina la belleza del perfil, de tamaño mediano y en su parte inferior debía tener un color similar al de la oreja y por lo tanto rosado; podía permitirse una prominencia en el tabique, pero no muy marcada; la boca, el autor la prefiere más bien chica, los labios no muy salientes y cuando se abría si accidentalmente (vale decir sin hablar o reír) no debía verse más de seis dientes superiores, que no debían

ser ni muy pequeños ni muy grandes y bien separados; el cuello ha de ser blanco redondo y más bien largo que corto; y la manzana de Adán apenas perceptible, y así continúa Firenzuola describiendo todos los detalles del cuerpo con precisión admirable.

Cuando ya el nacimiento no confirió privilegios determinados sino que el hombre en la vida social debía destacarse por sí mismo, es decir que surgía la individualidad, el refinamiento de la vida social fué un hecho necesario, deliberadamente pensado y querido. La apariencia externa del hombre era la que debía imponerse en la vida cotidiana y es en Italia donde la elegancia y el refinamiento es mayor que en cualquier otro país. El vestir fué una gran preocupación de los hombres, las modas variaron de ciudad a ciudad y el buen gusto hacía necesario que ellas cambiasen cada poco tiempo. Hubo hasta modas individuales; ropajes que caracterizaron a señores ricos que trataban de deslumbrar con su vestimenta.

Villiam, menciona el cambio inmoderado en el vestir de Venecia. Dice que el traje y el vestido eran en otros tiempos más hermosos, semejante al de los romanos; pero que ahora los jóvenes se habían dedicado a llevar una cota o jubón corto y estrecho que no se puede poner sin ayuda de otro, con un cinturón como una cincha de caballo, sostenido en la punta por una gran hebilla. Añadíase a ésto, un capuchón colocado a la usanza de los juglares, con la parte que flotaba bajando hasta la cintura y aun más abajo; porque es la vez una capucha y un manto, con varios adornos y bordados calados; el pico de la capucha llega hasta el suelo, para envolver la cabeza cuando hace frío, y se dejaba crecer la barba para mostrarse más terrible en las armas. Los caballeros habían adoptado sobre su vesta o *guarnacia* estrecha, con cinturón como se ha dicho ya, forros de

pieles y arminios y las puntas de las mangas llegaban hasta el suelo; las mujeres también ostentaban desmesuradas mangas.

Galvano Flann echaba de menos que los jóvenes de Milán hubiesen abandonado las huellas de sus padres y se hubiesen transformado en extrañas figuras usando vestidos eschos y cortos a la española, los cabellos cortados a la francesa, dejando crecer la barba a la usanza bárbara y cabalgar con enormes espuelas a la alemana. Las mujeres también habían abandonado sus costumbres por otras malas. Los trajes ajustados que usaban dejaban al descubierto el cuello y la garganta adornada con hebillas de oro; llevaban zapatos con punta y se entregaban al juego de los dados.

En fin las ocupaciones de toda la juventud, los sudores de los padres, se gastaban en adornos de mujeres. El autor de la vida de Nicolás Rienzi prorrumpe en las mismas quejas: « en aquel tiempo se comenzó a alargar las puntas de las capuchas, en angostar los trajes a la catalana. Además, los jóvenes usaban larga barba y espesa imitando los potros españoles. Semejante cosa no se había visto antes de aquel tiempo. Los hombres se afeitaban la barba y llevaban trajes largos y anchos. El que se hubiese presentado sin la barba hubiese pasado por un hombre falto de juicio, a menos que no hubiese sido un español o un creyente dedicado a la penitencia ».

En otros escritores encontramos burlas dirigidas contra la mujer a causa de la manía de parecer altas, cubriendo de altos gorros o recogiendo los cabellos en alto.

En Venecia y en Florencia, antes del Renacimiento; había prescripciones especiales que regulaban el modo de vestir de los hombres y ponían límite al lujo de las mujeres. En Nápoles, donde esas leyes no existían no había diferencia entre la nobleza y la burguesía.

Es digno de especial atención el hecho de que las damas modificasen en cuanto les fuese posible su apariencia externa con ayuda de una rica y minuciosa toilette. El tipo de cabello uniformemente aceptado como el más bello era el rubio. Y las damas no titubeaban en permanecer al sol días enteros, pues se creía que el sol tenía la virtud de dar ese color al cabello. Otras en cambio usaban tinturas especiales para darle ese color.

A todo eso debía agregarse una arsenal de alquimias para encubrir sus faltas en el cutis; emplastos, unguentos, perfumes, y un conjunto de preparaciones, de las cuales no podemos hoy día formarnos idea, que las damas empleaban para componer su cutis. Todo ese arreglo no hay que creer fuese privativo de las cortesanas, sino que también eran empleado por las damas honorables al mostrarse en público. Fuese esto un retorno al barbarismo, tatuándose como lo hacen los salvajes, o un medio para favorecer la belleza personal; lo cierto es que los hombres no censuraron estas costumbres de sus esposas e hijas. Pues es necesario hacer notar que en los hombres mismos — particularmente los españoles — se hacía uso de estos procedimientos.

En las ciudades, las calles se habían mejorado, tenían sus nombres indicados en carteles. Los viajes y los paseos se hacían a caballo o en sillas de mano, haciéndose raramente viajes en carruajes que eran incómodos; el primero de que se hace mención es una caja colgada que usó la reina Isabel para su entrada en París, y bien pronto en Italia se difundió esta costumbre y se hizo general, siendo muy cómodas las carrozas; con preciosos tapices y lujosamente decoradas. Este lujo hizo que se dictasen leyes suntuarias en los distintos estados italianos. En la república de Venecia se obligó a los ciudadanos a vestirse de negro, pero se aguardaba al carnaval para lucir todas las magnificencias y jo-

yas. Los estatutos de Mantua, prohibían a las mujeres de clase inferior usar trajes que tocasen el suelo y ponerse adornos de seda en el cuello. A las mujeres de cualquier clase, de tener vestidos cuya cola arrastre más de un brazo, como también coronas de perlas o pedrerías, cinturones que valiesen más de 10 libras, ni bolsa que costase más de 15 sueldos. En Florencia se trató de contener el lujo de las mujeres debido al excesivo uso de adornos superfluos de coronas y guirnaldas de oro y plata, trajes con bordados de seda como también las bodas desordenadas en que hacían gastos en manjares de precios exorbitantes. Pero según algunos autores estas minuciosas ordenanzas no eran observadas de ningún modo.

No existía en la época del Renacimiento la diferencia y alejamiento entre la ciudad y la campaña. Diariamente los habitantes de las campiñas vecinas frecuentaban la ciudad y se embebían de las costumbres de ellas. Esto contribuyó también a la igualación de las clases a que nos hemos referido.

Para obtener el perfeccionamiento del individuo y destacar éste en sociedad, era necesario, a la par del refinamiento físico, el refinamiento intelectual. Y dentro de él por lo tanto, el empleo de una lengua cortesana, tanto para la conversación como para la poesía. En ese entonces Italia como hoy tenía distintos dialectos según las ciudades; estos dialectos eran algo rudos y poco delicados. De allí que fuese necesario una lengua más delicada para expresarse con mayor claridad y forma estética. El Renacimiento se encargó de ello y vemos a las personas elevadas socialmente expresarse con corrección. Surgió entonces en Italia la mayor cultura imaginable de las lenguas de la antigüedad como ya lo vimos.

Con este refinamiento que hacía resaltar al individuo

forzosamente tenemos que concebir un hombre ideal según lo exigía la cultura de aquella época. Este hombre ideal descrito por Castiglione es el cortesano, que debe poseer el talento y la apariencia de un verdadero príncipe. Tener una preparación intelectual amplia aunque no fuese necesaria una especialización. Debía conocer por lo menos el italiano y el latín y poder emitir juicios sobre el arte; debía ser un eximio bailarín y un hábil espadachín.

Para bien entender la organización social de la época del Renacimiento es necesario saber que la mujer tenía una posición igual a la del hombre. No hay que creer en los diálogos de aquellos escritores que consideran en inferioridad de condiciones a ese sexo, ni al Ariosto que la representa como un niño adulto. Decimos que la educación de la mujer en las clases más elevadas era esencialmente igual a la del hombre. Los italianos del Renacimiento no titubeaban en impartir a sus hijos e hijas igual instrucción literaria y filosófica. Vemos a las hijas de algunas casas principescas hablar y escribir el latín con facilidad asombrosa. A esto se agrega la parte verdaderamente activa que tomaron las mujeres en el estudio de la poesía italiana. Componiendo algunas de ellas e improvisando sonetos y canciones; habiendo algunas de ellas que conquistaron una gran celebridad como la veneciana Cassandra Fedele en el siglo xv, y como Vittoria Colonna que se hizo inmortal. Pero por sobre la cultura, tenemos una emancipación verdadera de la mujer; la mujer de condiciones elevadas debe a la par que el hombre cuidar su perfeccionamiento teniendo igual modo de pensar y de obrar e iguales tendencias y aspiraciones.

El mayor orgullo que se encuentra en las damas italianas de aquel tiempo, es el tener un ánimo y una mente verdaderamente viriles. Basta ver el carácter enérgico y resuelto

de la mayor parte de las heroínas de Bojardo y de Ariosto para ver cómo de esta energía y resolución se tenía un concepto propio y determinado. Ese carácter fué llevado con gran esplendor por Catalina Sforza mujer y viuda de Juan Riario, habiendo sido asesinado su marido, para procurar esposo a un príncipe, pero esa mujer supo resistir hasta la llegada de socorros. Igual carácter demostró Isabel Gonzaga. Las damas podían dejar contar en su círculo novelas, aún del color de las de Bambello, sin que por ello su fama resultase perjudicada. El genio predominante de estas reuniones no era el feminismo moderno de prejuicios delicados, sino una conciencia de la propia fuerza, de la propia belleza y de condiciones sociales especiales. De allí se explican las conversaciones licenciosas en círculos en que hubiese damas.

Pero es necesario hacer resaltar el hecho de que las mujeres que vemos actuar en el escenario del Renacimiento, sean adultas completamente desarrolladas de cuerpo y de espíritu; debido a que las jóvenes no figuraban en sociedad sino a partir de cierta edad.

Después de los caracteres que acabamos de analizar, es necesario que nos ocupemos, aunque sea brevemente, de la organización de la familia, teniendo en cuenta la gran inmoralidad que en ese tiempo reinaba. Por ahora, basta constatar que la infidelidad conyugal no produjo aquella perniciosa influencia sobre la familia, que se reveló en los países septentrionales. El gobierno familiar de la Edad media estaba modelado en los usos prevalecientes en el pueblo y según la influencia y modo de vivir de sus clases. Los vínculos de la familia eran estrechos. El Renacimiento en cambio funda la vida de la familia como algo regularmente ordenado, como el fruto de largas y serias meditaciones;

ayudado por un sistema de bien entendida economía. Un precioso documento al respecto es el diálogo sobre el *Governo della famiglia*, de Agnolo Pandolfini. Es un padre que habla a sus hijos ya adultos y los inicia en su administración dándoles consejos con respecto al mantenimiento de una casa. La cosa más imponente es la educación del patrón de la casa que debe proporcionar a toda su familia. La primera educación es debida a la mujer porque de tímida y reservada niña, se convirtió en una verdadera dueña de casa, que debe dirigir y vigilar la despensa.

Consideraremos ahora la moralidad de las repúblicas italianas en la época del Renacimiento.

La Italia, durante los siglos XIV, XV y XVI, nos presenta la mayor corrupción de costumbres que se pueda imaginar. Antes de atribuir esta corrupción a la culpa de los italianos de esta época, hay que tener presente que nunca se puede afirmar hasta qué punto es responsable un pueblo de la moralidad en determinada época de su historia. Los acontecimientos históricos no podrían de ninguna manera ser cambiados por la voluntad de unos cuantos; y esto fué lo que pasó con el Renacimiento en Italia. El Renacimiento, implicando el desarrollo de la individualidad y una vuelta a la cultura antigua, debía forzosamente llevar al pueblo italiano a excesos. Efectivamente, la antigüedad, de la manera que la cultivaron los italianos del Renacimiento, los llevaba especialmente a la forma exterior y materialista y por otra parte su imaginación exaltada les hacía concebir los más bajos proyectos y deseos que de acuerdo al gran valor individual era necesario conseguir a toda fuerza.

El perfeccionamiento de la individualidad, tuvo desde el punto de vista de la moralidad funestas consecuencias. Desde luego, políticamente ocasionó todas las revueltas y naturalmente en las gentes también un egoísmo profundo,

egoísmo que empieza en el interés propio y que cuando éste es herido se manifiesta por las más crueles venganzas. Esta venganza estaba en relación con la fantasía del individuo. Esta fantasía fué la causa de la degradación moral que sufrió el pueblo de los estados de Italia; a raíz de ella, surge en Italia la pasión por el juego, el cual llega a tomar tanto incremento que hasta en la curia romana se jugaba a los dados. También nació en Italia el juego de la lotería, que en un principio se otorgó por concesiones a los particulares que lo solicitasen y a quienes les reportaba ingentes beneficios.

Esta fantasía es también la que hace que en Italia la venganza tenga un carácter especial. Esta venganza la considera el pueblo como un deber y se ejerce de un modo terrible. De ello daremos un ejemplo que nos ilustrará al respecto : en el condado de Aquapendente, tres pastorcitos cuidaban sus rebaños y uno de ellos dijo : « Hagamos la prueba de cómo se ahorcan las personas. » Dicho y hecho; uno subió sobre las espaldas del otro, y el tercero después de haber anudado la soga al cuello atóla a un árbol. En ese instante hizo su aparición un lobo y los dos huyeron, quedando el tercero colgado. Más tarde volvieron, lo encontraron muerto y lo enterraron. El domingo llegó el padre de este último, para traerle los alimentos, y uno de los dos chicos le narró lo que había sucedido y le mostró la sepultura. El viejo, enfurecido, lo mató a cuchilladas, lo hizo pedazos y le sacó el hígado y en una cena se lo dió de comer al padre de la víctima, diciéndole luego la procedencia del hígado. Desde ese momento comenzaron los estragos entre las dos familias, exterminándose treinta y dos personas sin distinción de sexo ni edad.

La venganza no era exclusiva de la clase pobre, sino también era costumbre la venganza en las clases pudientes

y gobernantes; sólo que éstas utilizaban medios más refinados, si así pueden llamarse; el veneno, por ejemplo, fué muy apreciado y utilizado por esta gente.

Otro de los vicios que acompañó al individualismo y a la fantasía, es una característica del amor y que está en relación con el desarrollo de la individualidad : el ambicionar la mujer ajena.

La Edad media era aficionada a los amores fáciles, hasta que hizo su aparición la sífilis.

El ambicionar la mujer ajena era, pues, un gran objetivo, no sólo para demostrar su amor a los cambios continuos, sino también era de muy gran agrado mostrarse más astuto que el marido, engañándolo. Por otra parte, lo principal en cuestiones de amor, de parte de las mujeres, no era tanto cuidarse del acto, sino de las consecuencias. Tampoco debemos juzgar esta vida licenciosa de las mujeres casadas con el criterio de ahora, con las reglas inflexibles que rige nuestro matrimonio, porque si en aquel entonces las mujeres casadas se libraban a estos excesos—las mujeres no casadas no participaban de la vida social, y recién una vez casadas podían hacer valer su individualidad — era porque el matrimonio tenía una base distinta de la nuestra. El derecho del marido en el matrimonio es condicional. La joven esposa pasaba bruscamente del claustro o de la vigilancia paterna al matrimonio y los casamientos era el fruto de conveniencias pensadas y queridas y no de un verdadero amor. Esto hace que el matrimonio tenga mucho aspecto de formalidad; una especie de contrato que hay que tratar de cumplir más o menos bien.

El individualismo hace surgir también otra clase de moralidad. Estos individuos que lo han llevado a un grado extremo, en algunos casos personifican la crueldad y la maldad, tales como los *condottieri*, y de allí surge un bandidaje

inmoderado. Contemplemos, por ejemplo, a Acuto, que viendo que dos de sus capitanes se disputaban una monja en una de sus correrías, se acerca y de un sablazo parte en dos a la desdichada, diciendo a sus capitanes de tomar cada uno el pedazo que le corresponde. Braccio de Montone, de sentimientos tan antirreligiosos que se enfurecía al oír cantar salmos y hacía precipitar de lo alto de una torre a los que los cantaban. Bernabé Visconti, que en el furor que tenía a los eclesiásticos, les hacía taladrar las orejas y tostar en parrillas y en cerró a su ministro en una jaula de hierro con un jabalí.

El haber descrito los hechos que motivaron esta inmoralidad, no puede hacer el concepto que tenemos de que las costumbres de la época eran inmorales. Lo eran y al extremo. Nosotros, con un criterio determinista, no culpamos a los italianos de esa época por su inmoralidad. Las características del Renacimiento encontraron en el espíritu italiano un campo fértil para su desarrollo y fueron, como lo hemos expuesto anteriormente, la base de esa inmoralidad. De todos modos para comprender el espíritu de los escritores artistas y personajes que se mueven en esa turbia época, es necesario exponer las formas más salientes de esa corrupción reinante.

El pudor era una cosa que había desaparecido por completo. Las orgías, las violaciones, los asesinatos eran moneda corriente en Italia. Las cortesanas llegan a una época culminante de su celebridad; una de ellas, la cortesana Imperia, fué enterrada en la iglesia de San Gregorio. Si esto no bastase para indicarnos, sino la estimación, por lo menos la popularidad de estas prostitutas; nos bastará recordar que en Luca, en vista del poco número de meretrices que había y de los graves inconvenientes que esto acarreaba entonces, se resolvió nombrar ciudadanas originarias a todas las me-

retrices, con el objeto de que se orientasen hacia aquel lugar.

La corrupción también reinaba en las personas de alta categoría; conocidas son las incestuosas hazañas de Lucrecia Borgia.

Lo que hay que admirar — como dice Cantú — es que tales mujeres se casasen con príncipes.

La crueldad más absoluta se empleaba para conseguir su objetivo, sea añoroso sea político. Alejandro VI y César Borgia empleaban la traición, el puñal y el veneno como armas habituales; Alejandro Farnesio, hombre reputado humano, cada vez que tenía conocimiento de un atentado contra el príncipe de Orange, enviaba circulares de regocijo. Una dama de Ferrara, querida de un cardenal, se enamoró de un joven hermano de éste y atribuye su pasión al hechizo de los ojos del manebro, y el cardenal no encuentra otro medio que quitarle los ojos a su rival.

Sanuto, en un escrito de 1497, dice: «Hace pocos días que don Alfonso hizo en Ferrara una cosa extremadamente ligera. Pues anduvo por las calles completamente desnudo en compañía de otros jóvenes y en mitad del día.» Este don Alfonso, que fué quien después tuvo el poder en Nápoles, se casó con Lucrecia Borgia.

La pluma se rehusa a escribir el ultraje hecho por Pedro Luis Farnesio al obispo de Fano.

En la vida disoluta, sobresalía César Borgia. Al hablar de Roma haremos notar algunos de sus asesinatos, pero aquí nos referimos a sus excesos sensuales. En el diario de Burcardo, se lee que una noche de domingo, cincuenta nobles prostituídas, llamadas cortesanas, cenaron con el duque de Valentinois en sus habitaciones del palacio apostólico y que después de la cena hubo una orgía indescriptible.

Fuera de los actos sexuales en sí mismo, había la perversión más grande en la sexualidad. Los bufones tenían

fama de servir de mujeres en la tierna edad, y según dicen algunos autores, había tomado incremento el vicio de la pederastía.

A pesar de todo esto, la raza italiana no degeneró y tuvo fama de ser una de las más sanas de cuerpo y espíritu de toda Europa. Esta fama la tiene hoy también, después que sus costumbres han mejorado, y esto nos indica entonces que esa inmoralidad no llegó a afectar la raza.

Las fiestas contribuyeron también a esta inmoralidad. Pero en ellas más que en todo debemos ver la expansión del espíritu italiano del Renacimiento. El italiano, con el concepto que tiene de su personalidad, tiene que emplear activamente su vida y la inacción es lo que menos encontramos en este período. En la magnífica descripción que de ellas hace Burckhardt, resuena un cántico de carnaval de Lorenzo el Magnífico que expresa claramente la necesidad de desarrollar la vida terrenal: «Mañana es posible que no existamos ya. ¡Vivamos, pues, el día de hoy!»

Consideremos ahora algunos aspectos de la religión durante la época del Renacimiento. La Santa Sede había sido la personificación del cristianismo desde la muerte de Jesucristo. Ahora bien: durante el Renacimiento la Santa Sede parece cualquier cosa menos esa personificación; los principales papas sólo se preocuparon del poder temporal empleando la fuerza de la religión para conseguir sus propósitos, y los medios a que recurrieron para ello fueron de los más corrompidos e inmorales; basta al respecto recordar la actuación de Alejandro VI.

Los conventos contribuyeron también con su depravación a aminorar todo resto de respeto que pudiesen haber tenido los italianos para las organizaciones eclesiásticas. No nos llevaría a nada detallar esta corrupción y aun admi-

tiendo que la descripción del *Decamerone*, no es menos cierto que reinaba la más gran corrupción en su interior.

También se dirigen ataques violentos contra los hermanos mendicantes; según algunos autores, estos frailes hacían farsas inicuas para proporcionarse dinero; así estaba uno predicando y venía otro arreglado de antemano para molestarle, entonces el predicador lo hacía encerrar por el pueblo; conseguía que el pueblo indignado le diese dinero, que después repartía con el otro cómplice.

De todos modos, no podemos decir que haya desaparecido la fe en el pueblo italiano. Vemos una gran devoción a las vírgenes y en especial a la virgen María y, lo que es más notable, es la fe que tenía la masa popular por las reliquias de los santos. En Milán había un gran fanatismo por estas reliquias; en 1517, cuando los monjes de San Simpliciano restableciendo el altar mayor descubrieron seis cuerpos de santos; luego sobrevinieron desórdenes en el país y el pueblo atribuyó al sacrilegio de los monjes esos disturbios. Esta fe en las reliquias, que tan fuertemente vemos arraigada en Milán, no reina en todas partes de Italia. En Boloña, por ejemplo, una voz audaz pidió que se vendiese al rey de España el cráneo de Santo Domingo y que con el precio se hiciese alguna obra de utilidad pública.

Esto iba acompañado en Italia de una increíble superstición.

El Renacimiento provocó, sin embargo, el sacudimiento de la fe. El culto a los antiguos no hacía precisamente que se conservara la fe; la inmortalidad del alma era una cuestión discutida, y a tal punto llegó esta discusión, que en el Concilio de Letrán en 1513, León X publicó una constitución en defensa de la inmortalidad y la individualidad del alma. Poco después apareció el libro de Pomponazzi, en el